

SILLÓN DE OREJAS Por Manuel Rodríguez Rivero

Zombi hasta la muerte

A NOCHE SUFRÍ otra de mis horribles pesadillas. Quizás se debería a que había estado viendo otro (infame) episodio de *The Walking Dead*; o tal vez fuera el desconsuelo en que me sumieron unas declaraciones incidentales del consejero delegado de PRISA en las que se refería a la desaparición de los periódicos y a los muertos vivientes, que —así lo interpreté— somos los que escribimos en ellos (sobre todo si tenemos más de 40 años), algo que —ay— ya venía yo sospechando por mi cuenta. Sea como fuere, lo cierto es que soñé que era un zombi y que caminaba dando tumbos por un cementerio (muy parecido al descrito por Dickens en el incipit de *Grandes esperanzas*) con un periódico bajo el brazo. De las tumbas a mi alrededor iban surgiendo otros colegas, todos con la mirada perdida e igualmente provistos del arqueológico papel *ensobacado* (como en los viejos buenos tiempos de la Transición). Más allá del cementerio se extendía una ciudad en ruinas presidida por una misteriosa torre coronada por una enorme pantalla que retransmitía sin cesar mensajes en neolengua orwelliana (y de un máximo de 140 caracteres) que hacían referencia a los que habíamos muerto en una de las guerras entre Oceanía y Eurasia. De vez en cuando, los mensajes se interrumpían para dar paso a Dolores —ay— de Cospedal, que, también en neolengua, iba enumerando una larga panoplia de medidas para acabar con el paro en Oceanía. Me desperté empapado en sudor frío cuando el libro que había estado leyendo en mi cama se deslizó al suelo con estrépito. Por si alguno de mis improbables lectores tiene curiosidad, se trata del estupendo "ómnibus" *Cinco novelas* (RBA), de Graham Greene, que incluye *Brighton Rock*, *El agente confidencial*, *El tercer hombre*, *El americano tranquilo* y *Nuestro hombre en La Habana*. Ya sé que se publican otras cosas interesantes y más recientes, pero, que quieren que les diga: de vez en cuando a los muertos vivientes nos complace releer, además del periódico, viejas novelas que nos enseñaron a amar las novelas. Por lo demás, debo de ser sonámbulo: esta mañana he encontrado sobre mi mesa una hoja arrugada en la que aparecía

escrita cien veces la frase soy un zombi y estoy muerto.

Novelistas

EN VERANO (Mondadori, 2009), tercera entrega de las memorias ficcionalizadas de J. M. Coetzee, un personaje le pregunta al alter ego del autor: "¿Cómo puede usted ser un gran escritor si es tan sólo un hombrillo corriente?". De haber estado pre-

to de Portmoy, uno de los primeros éxitos del propio Roth. Ahora Tusquets rescata *Un libro de Bech* (1970), de John Updike, un conjunto de divertidas historias (provenientes de relatos protagonizadas por un atrabiliario novelista. El personaje tuvo éxito, y Updike le dedicó otros dos libros. En el hilante (e inteligente) *Un libro de Bech*, seguimos al personaje —un novelista cuarentón en decadencia— en sus viajes de "intercambio cultural" por los países del "socialismo



Ilustración de Max.

sente en la escena, el doctor Johnson, fallecido varios siglos antes, le hubiera contestado que a veces se es mejor escritor que persona, algo que saben cuantos han tenido trato prolongado con ellos. Las novelas también lo reflejan a su modo, porque hay muchas protagonizadas por escritores. Me viene a la cabeza, por citar a personajes creados por los autores citados más arriba, el mismísimo David Copperfield, que, después de ejercer como periodista parlamentario, se sintió atraído por las "ficciones". O aquel estupendo Maurice Bendrix imaginado por Graham Greene (*El fin de la aventura*, 1951) que reflexiona sobre la novela mientras se recome de celos y le hace el amor a la esposa (católica) de un funcionario impotente y aburrido. Hay otras novelas sobre novelistas. Nathan Zuckerman, el personaje de Philip Roth, también lo es (*Zuckerman desencadenado*, Seix Barral), e incluso ha escrito un libro que se parece a *El lamen-*

real", lo que permite a su autor dar rienda suelta a sus dotes para la sátira, además de a su impagable sentido del humor.

Filosofitos

ADMIRADOS (y sufridos) padres: les recomiendo que presten atención a la audaz propuesta de errata naturae, que ha lanzado la serie de Los Pequeños Platones, una colección de filosofía para niños ya publicada con éxito en varios países. Los dos primeros volúmenes son *El filósofo-perro frente al sabio Platón*, de Yan Marchand y Vincent Sorel, y *Un día loco en la vida del profesor Kant*, de Jean Paul Mongin y Laurent Moreau. Si sus hijos (a partir de 8 años) ya empiezan a hacer esa clase de preguntas que apuntan maneras, no se corte y regáleselos. Y no se asusten: la filosofía viene profusamente ilustrada y envuelta en entretenidas ficciones.

Uno

VENCIENDO mis escrúpulos me decido a transcribirlos, en traducción aproximada, un párrafo del halagador correo electrónico que me ha enviado Thomas Pynchon: "Desde el otro lado del océano abro cada sábado el sitio *online* de EL PAÍS, y busco ansiosamente la página de *Babelia* para poder leer su deslumbrante (*dazzling*) columna Sillón de Orejas (...). Me gustaría poderle explicar lo mucho que su lectura semanal representa para mí y para mi trabajo. Nunca he tenido ocasión de referirme públicamente (ya sabe que odio las entrevistas) a la deuda que he contraído con usted, pero deseo confesarle que el primer germen de *Vicio propio*, mi último libro, surgió a partir de uno de sus brillantes comentarios (...)".

Dos

TODO LO QUE se cuenta en el párrafo anterior ("Uno") es más falso que un euro de madera. Pero he pensado que, como últimamente proliferan los elogios inventados (véase en Internet la historia de la falsa reseña entusiasta en *The New York Times* sobre nuestra "Virginia Woolf de la era Facebook", que algunos se tragarón sin rechistar), yo podría intentar colarles el halago igualmente fulero de mi venerado Thomas Pynchon. Al fin y al cabo, abundan las prescripciones falsas esgrimidas como argumento de autoridad. En Amazon, por ejemplo, se manifiestan constantemente "lectores" que vierten opiniones diatribas o absolutamente negativas sobre libros que no han leído o, lo que es peor, como respuesta (rencorosa) a otras que no les agradan: recuerden el escándalo que se armó cuando se descubrió que el prestigioso Orlando Figes, que firma sus opiniones en la librería *online* con el seudónimo de "historiador", se dedicaba a poner a caer de un burro las obras de sus colegas. O piensen en la utilidad de ciertas valoraciones de los usuarios en las páginas de reservas de hoteles (Booking, etcétera), en las que los propios hoteleros se las ingenian para que las opiniones críticas queden rápidamente compensadas con otras hiperbólicas y mentirosas fabricadas por encargo. En la época de la prescripción universal y del todo vale uno tiene que calzarse los zapatos de plomo y aprender a ser desconfiado. Claro que, al final, todo se olvida y nadie es responsable de nada, como en política. •

Prestidigitación policial

El caso de los bombones envenenados

Anthony Berkeley
Traducción de Miguel Temprano García
Lumen. Barcelona, 2012
254 páginas. 19,90 euros (electrónico: 12,99)

Por José María Guelbenzu

POCAS NOVELAS policiales hay que ofrezcan un gancho tan sugestivo como el que exhibe ésta. El asunto es el siguiente: se ha producido un envenenamiento ocasionado, al parecer, por un error del destino y Scotland Yard se declara impotente para resolverlo. Entonces, Roger Sheringham, es-

critor y detective aficionado, hace al atribulado inspector-jefe Moresby una proposición: que los miembros del selecto Club del Crimen que él preside se hagan cargo de la investigación del caso. De este modo, los seis componentes del club —Sheringham incluido— se dan un plazo de una semana para resolver el misterio. Cada uno ha de actuar por su cuenta y presentar una solución y eso hacen. Lo extraordinario es que cada uno de ellos presenta una solución y todas son distintas entre sí. ¿Cuál es la verdad? Anthony Berkeley (1893-1971), una leyenda dentro del policiaco clásico, es un escritor inglés nacido en Watford, Inglaterra; autor de 19 novelas firmadas con su nombre, más otras siete firmadas como

Francis Iles y cuatro más como Monmouth Platts. Es uno de los miembros fundadores del célebre Detection Club al que pertenecieron G. K. Chesterton, Agatha Christie, Dorothy Sayers, Henry Wade y Ronald Knox, entre otros. Su norma básica era el respeto al lector, al que había que conceder las mismas oportunidades de resolver el crimen que al detective de la novela. Esta novela es, desde luego, una de las más perfectas que se han escrito nunca dentro del género. Partiendo de su original planteamiento, Berkeley va mostrando muy sutilmente, con pequeños y muy bien elegidos detalles, a cada personaje hasta completar el retrato. Cada cual empieza tirando de un hilo para presentar una explicación distin-

ta del crimen hasta el punto de que no coinciden ni en los autores materiales del hecho; al ser explicaciones que no tienen nada que ver entre sí en lo sustancial, contienen, implícitamente, una agri dulce crítica al género que, sin embargo, no deja de ser un policiaco perfecto. Y semejante paradoja no es el menor de sus encantos. Berkeley lleva hasta tal extremo la honestidad que le corresponde como miembro del Detection Club que lo que hace, en definitiva, es dejar la solución en manos del lector (al tiempo que aprovecha para castigar la simpática arrogancia de su detective Roger Sheringham, pirueta digna de la cuadratura del círculo). Todo ello realizado por una página de humor sutil y constante, una alta capacidad de entretener y sorprender y el inevitable reconocimiento de que en el policiaco "a la inglesa" toda intriga bien llevada es un admirable juego de prestidigitación. Leerlo es todo un gozo. •